



## ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

PUNTOS DE SUSCRICION.		PRECIOS DE SUSCRICION.	
AÑO II.	Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.	En Cádiz, un mes, adelantado . . . . .	2 ptas.
	Madrid, en las principales librerías.	En toda España y Portugal, trimestre, 7	25 »
	Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.	pesetas: seis meses, 13 id., un año, id. . . . .	20 »
	No se devuelven los originales que no se utilicen.	En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas americanas, semestre anticipado, en oro. . . . .	20 »
		Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.	

10 de Marzo 1878.

Núm. 31.

### SUMARIO.

GRABADOS: Retrato de D. Emilio Castelar.—Vista del puerto de Cartagena.—Una pagoda china.

TEXTO: *Andaluces ilustres*: D. Emilio Castelar, por A. MORENO ESPINOSA.—La felicidad, por MARÍA DE LA CONCEPCION GIMENO.—*Poesías*: Ecos del corazón, por DOLORES ELVIRA VALBUENA.—A mi padre, por JULIA DE ASEÑSI.—A S. M. la Reina Doña Mercedes, por RAFAELA BRAVO MACIAS.—A la Directora del CÁDIZ, por AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ.—A Patrocinio de Biedma, por ANDRÉS CASSARD.—Dos mujeres, por JUAN JOSÉ JAUMEANDREU.—A mi muy amada Elvira Carrera, por JUAN VILA Y BLANCO.—A la esclarecida escritora oriental española Doña Patrocinio de Biedma, por RAMON ORTIZ Y BENEYTO.—La gran causa del bello sexo, por NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA.—El martirio más horrible, por JOSÉ ROURE.—El baile del Casino, por Bruneto.—Correspondencia de CÁDIZ, por P. DE B.—Noticias.—Limosna del CÁDIZ.

### ANDALUCES ILUSTRES.

#### D. EMILIO CASTELAR Y RIPOLL.

EN la galería de Andaluces Ilustres, con que el CÁDIZ está enriqueciendo el vasto museo iconográfico de celebridades contemporáneas, no podía faltar la gran figura del príncipe de la elocuencia española, la personalidad más descolante hoy en nuestra patria, el hijo más preclaro de esta hermosa ciudad, perla de Andalucía y cuna de egregios varones; pero la bella dama y eminente escritora que dirige esta acreditada revista, y ha tomado siempre a su cargo la tarea de colocar los retratos de dicha colección en el áureo marco de unas biografías que tuvieran por suyas Plutarco y La Bruyere, ha rehusado tal honor al busto de D. Emilio Castelar, complaciéndose en que las noticias biográficas referentes al escritor de más extendida fama que tiene hoy la nación, y al más esclarecido miembro, que fué, de nuestro profesorado, vayan suscritas por el más oscuro pedagogo y el más humilde coplero.

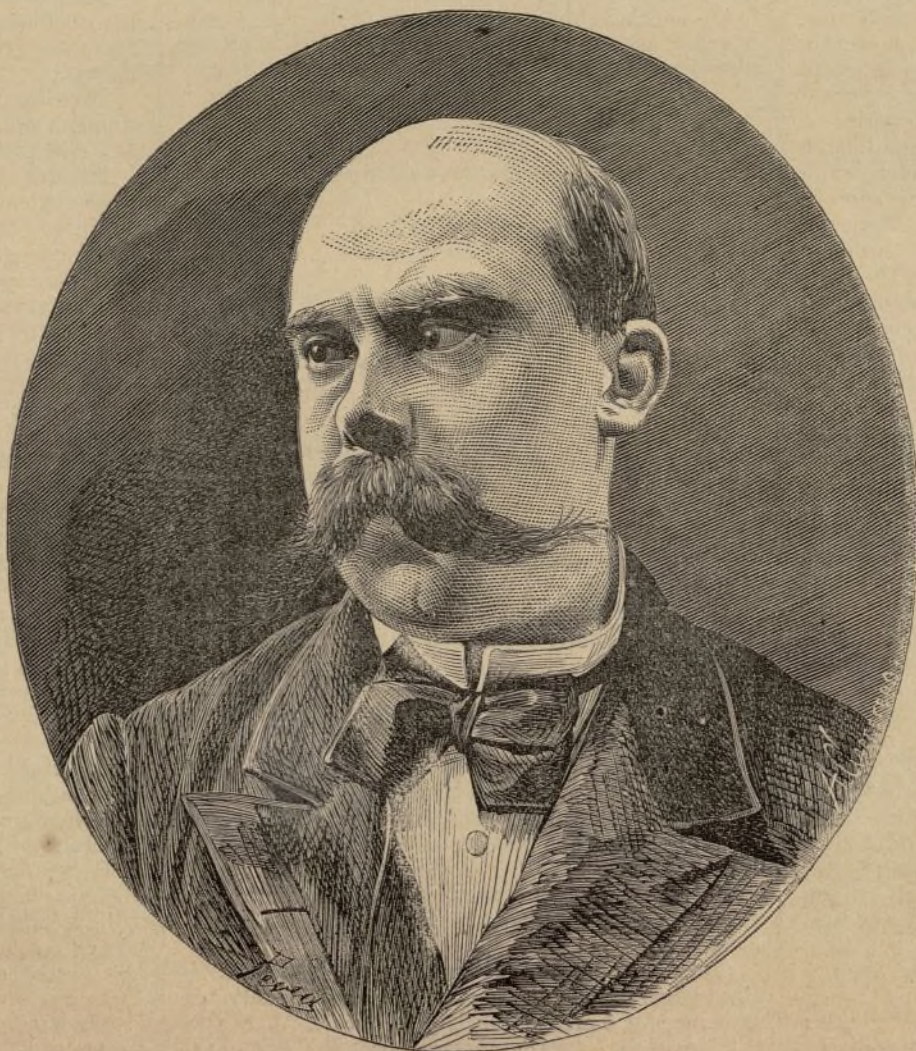
Agradezco, sin embargo, á la amable Directora de esta ilustrada publicacion que en ella me proporcione motivo y espacio para tributar al gran orador un nuevo homenaje del respeto, admiracion y cariño que siempre me ha inspirado. Tal vez por esta circunstancia y la de ser, en algun modo, fácil y sencillo el trabajo que emprendo, se habrá dignado encomendármelo la señora de Biedma; y digo que es muy hacendera mi obra, porque el Fidiás de la palabra es tan conocido en todo el mundo, y su historia se ha escrito tantas veces en libros y periódicos, que nadie ignora los hechos principales de su vida, y fuera molesto, por innecesario, recordar á los lectores del CÁDIZ lo que en España sabe de su glorioso tribuno el pueblo todo.

¿Habrá, en efecto, alguien que no pueda señalar el

murado recinto de esta plaza y el año de 1832 como determinaciones geográfica y cronológica del nacimiento del grande hombre, cuya imagen va grabada al frente de este número? Los que tenemos la dicha de vivir en esta perla de los mares, hemos visto muchas veces á los extranjeros parados ante la casa número 3 de la plaza de Candelaria, buscando con los ojos alguna inscripcion que les asegure que se hallan en presencia del modesto albergue donde se nació la cuna del genio de la elocuencia; pero nada hay allí que tal cosa indique al forastero. Aun la pequeña lápida que con el rótulo de *Plaza de Castelar* ostentaba el mencionado edificio por los años 73 y 74, desapareció con el orden de cosas que entonces existía, restituyéndose el nombre de *Candelaria* á la plaza en cuestion, y que le tomaba de un convento de monjas que en su centro habia, y cuya fachada principal daba frente á la primera morada que tuvo el último presidente de la República Española.

La campana del vecino templo, las notas de su órgano y el canto de sus vírgenes, arrullaron los sueños infantiles del gran artista de la palabra, despertando en su corazón un vivo sentimiento religioso que, fortificado por la educacion de una madre piadosa, dió á sus primeros escritos y discursos un carácter algo místico, que influyó mucho en el éxito de su propaganda; pues todas las conciencias, aun las más dominadas por el estrecho espíritu de la intolerancia neo-católica, se abrían sin reparo á la idea democrática, al verla unida en amoroso lazo con la doctrina evangélica. Pero luego la nueva direccion que tomaron sus estudios, y la muerte de su madre, ocurrida en 1859, que le desligaba de ciertos respetos y consideraciones, fueron borrando de sus obras el matiz cristiano que las distinguía, y hace ya mucho tiempo que, segun propia declaracion hecha ante las Cortes, vive en pleno y definitivo racionalismo.

Siete años contaba cuando perdió á su padre, modesto comerciante y honrado liberal; y esta desgracia y otras circunstancias de familia, hicieron que la del Sr. Castelar abandonara esta poblacion, trasladándose á la de Elda, en la provincia de Alicante; y en el Instituto de esta ciudad hizo sus estudios de segunda enseñanza el joven gaditano, que revelaba ya sus felices disposiciones oratorias. A un amigo mío y condiscipulo suyo de la escuela, he



D. Emilio Castelar.



oido decir muchas veces que desde muy niño llamaba la atención de sus compañeros y aún de sus profesores por la manera viva y declamatoria que tenía de recitar las fábulas. Napoleon manifestaba sus instintos guerreros desde chico en las peleas de los muchachos de Ajaccio contra los *Borghigiani* ó moradores del arrabal, y el Demóstenes español descubría su genio oratorio en ejercicios didácticos: ¡tan cierto parece que las atracciones son proporcionales á los destinos!...

Obtenido el grado de bachiller, pasó en 1848 á continuar su carrera en la Universidad de Madrid aquel aprovechado estudiante, en quien fundaba ya tan grandes como legítimas esperanzas su familia, que también fijó su residencia en la capital de España. Pronto correspondió al ventajoso concepto que de él se tenía, ganando en virtud de brillantes oposiciones una plaza de alumno pensionado en la escuela de Filosofía y Letras, en cuya Facultad ejerció también más tarde el cargo de auxiliar, que le dió ocasión de manifestar sus generales conocimientos y su portentosa elocuencia; y en medio de sus tareas universitarias escribía novelas y artículos para los periódicos, á fin de acrecentar los recursos de su familia, cuyo peso gravitaba sobre sus hombros.

En todos estos escritos y en sus lecciones de la cátedra, palpitaba ya la idea política de que iba á ser fervoroso apóstol; mas no había descendido de la región académica para entrar en el campo de la política. El año 54, fecha que marca un glorioso alzamiento nacional, registra igualmente la venturosa aparición de Castelar en la vida pública; y el teatro de la Opera, donde se celebraba una reunión electoral, fué el glorioso Tabor en que el tímido joven se transfiguró de repente en fogoso tribuno. Aquel día la democracia española, que había tenido ya sus precursores, encontró un San Pablo; y el nombre de Castelar, hasta entonces conocido solamente en las aulas de la Universidad y en la redacción de algun periódico, se pronunciaba por todos los labios y se esculpía en todos los corazones, llegando á ser bien pronto una gloria nacional.

En alas de esta reputación, y mediante ejercicios que dejaron fama en los anales de las oposiciones á cátedras, subió á la de Historia Crítica de España en la Universidad Central, el antiguo y aventajado alumno de aquella docta Casa, para gloria de su claustro y en bien de la juventud. La que llenaba siempre el aula del nuevo catedrático, no sólo se componía de los discípulos oficiales, sino también, y acaso en mayor número, de estudiantes de todas las carreras y de todos los cursos, y de otros muchos oyentes que pertenecían á distintas clases de la sociedad. Diez y seis años hace que tuve yo la fortuna de ocupar mi asiento en aquella clase, y aún está fija en mi alma la imagen de su recinto, nuevo cenáculo que se iluminaba con las lenguas de fuego de la elocuencia tan pronto como su viva encarnación aparecía en la plataforma, y colocando el birrete sobre la mesa y poniendo en orden la toga y atusando el bigote, dejaba fluir del rojo labio la miel de la palabra, mientras los negros ojos fulguraban el rayo de la idea, y la calva frente se coloreaba al fuego de la inspiración y el entusiasmo. El nuestro, aunque reprimido por la severidad de la disciplina académica, muchas veces, obedeciendo á resorte más poderoso, manifestábase en aplausos y demostraciones de afecto al ilustre profesor, que siempre las contenía invocando su deber como el mejor escudo de su modestia.

Pero de los respetos de la cátedra se desquitaba el público en el Ateneo, donde explicó el orador demócrata en varios cursos sus aplaudidas lecciones sobre la civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo. A las nueve de la noche se daban estas conferencias, y tres horas antes rebosaba ya en la calle de la Montera la apiñada muchedumbre que aguardaba en el patio del edificio en que se halla aquel centro literario el momento de que se abriera el salón de la cátedra: el forcejeo para entrar en ella revestía el carácter de un pugilato; y yo nunca me he visto más próximo á la muerte por conjunción del pecho con la espalda, que en uno de aquellos tumultuosos apretones. Con gusto los sufría, sin embargo, el que penetraba en el salón ó siquiera en las inmediaciones de la entrada; porque oyendo á Castelar, sucede lo que, según los griegos, ocurría viendo la estatua de Júpiter Olímpico hecha por Fidias, esto es, que se olvidaban los males de la tierra.

El proselitismo que iba haciendo el popular tribuno alarmó á los gobiernos reaccionarios de aquella época; y con motivo de su célebre artículo titulado *El Rasgo*, que vió la luz pública en *La Democracia*, periódico fundado por él, resolvieron despojarle de su honrada toga. El rector Montalban, por no ser cómplice de tamaño atropello, dimitió su cargo; y los estudiantes acordaron manifestarle sus simpatías por tan hidalgo proceder, dándole una serenata. El gobernador civil, que otorgó el permiso para ella, dió contra orden á última hora; pero, irritados los escolares, promovieron en la calle de Santa Clara un alboroto que, por el estado general de la política y la actitud de los partidos, pudo convertirse en una grave cuestión de orden público. Aunque la Guardia Veterana con algunos salbazos y la policía con varias prisiones, dieron fin á las deplorables escenas de aquella noche, cuyo recuerdo llevaron mucho tiempo mis espaldas en forma de car-

denales, pues fui uno de los aporreados y conducido al Saladero, continuó la efervescencia en los siguientes días y ocasionó los tristes sucesos de la noche de San Daniel y las manifestaciones tumultuarias de que fué teatro la Universidad, siendo el resultado de todo que Castelar se vió privado de su cátedra.

Aun de la vida quisieron privarle sus enemigos; pues complicándole en la insurrección militar que estalló en Madrid en 22 de Junio del 66, se fulminó contra él sentencia de muerte, y para eludir la, tuvo que abandonar el suelo de la patria. A ella le restituyó en triunfo el acontecimiento más grande y trascendental que registra la historia contemporánea de nuestro país, la Revolución de 1868, que inauguró para el ilustre emigrado el período más glorioso de su vida, abriéndole las puertas del Parlamento. Muchos dudaban que el águila de las cátedras mantuviera su vuelo en las cimas de la tribuna; pero cabalmente en ella es donde se ha mostrado en todo su esplendor el gigantesco poder de su elocuencia. Sus triunfos oratorios se han contado por discursos, y siempre el último se tiene por el mejor. Cada vez que habla en las Cortes, inúndanse de espectadores las avenidas del Congreso y los pasillos adyacentes al salón de sesiones; y hasta el bello sexo, que rara vez y por mera curiosidad asiste á los debates, cuando en ellos toma parte el orador demócrata, invade todos los sitios y ocupa todos los asientos, y sin temor á la campanilla presidencial, envía al rey de la palabra en nutridas salvas de aplausos el homenaje de la belleza.

La proclamación de la República hecha en 1873, pacífica y legalmente en el seno de la Representación Nacional, viniendo á ceñir la aureola del triunfo á la idea que debe la mayor parte de sus sectarios á Castelar, hizo que éste pasara de la irresponsabilidad de las teorías á los tremendos compromisos del mando, piedra de toque de los hombres de gobierno. Nadie creía que lo fuera el eminente tribuno, porque su inexperiencia en los negocios, su carácter ideal y entusiasta y su esquisita sensibilidad parecían cualidades que le inhabilitaban para tan prosaicas funciones de la administración; pero el mundo vió con asombro que en la secretaría de Estado y en la presidencia del Poder ejecutivo, el orador había sido reemplazado por el estadista, y el ideólogo que antes vagaba por la región de las abstracciones, ahora, nuevo Anteo, cobraba fuerza al tocar el suelo de la realidad y de la vida práctica.

Grande en todo, lo fué más que nunca en su caída; y su discurso del 2 de Enero de 1875 es hoy la bandera de la democracia gubernamental, á cuya sombra se agrupan los hombres que aspiran á armonizar la libertad con el orden dentro del organismo político adecuado á esta fórmula, única que, según el insigne patricio, podrá levantar de nuevo el edificio que se hundió bajo nuestros pies al grave peso de pertinaces errores. Entre tanto, el Sr. Castelar, habiendo renunciado su cátedra, se dedica á escribir libros y correspondencias para los periódicos extranjeros, mantiene relaciones con todos los personajes influyentes en la política europea, es objeto de continuas ovaciones y delicados obsequios en cuantos países recorre, y afirma en todos los pechos la esperanza de que á su nombre inmaculado, que es garantía de orden y enseñanza de libertad, aún le están reservados en el porvenir altos y gloriosos destinos.

ALFONSO MORENO ESPINOSA.

Cádiz: 1878.

#### LA FELICIDAD.

La dicha es una ilusión,  
Pues se puede, en mí sentir,  
Una tragedia escribir  
Del más feliz corazón.  
CAMPOAMOR.

Hijo del hombre, vivir  
Es lo mismo que llorar;  
Dar tregua al llanto es dormir,  
Ser dichoso, eso es soñar.  
AROLAS.

**D**ÓNDE te hallas voluptuosa sultana, que llevas sobre tí las armonías de tus serrillos; bella huri, que te engalanas con las flores de tu haren; diosa deslumbradora, maga encantada, ¿dó vas? ¿Por qué huyes?

Te busca la infancia, la adolescencia, la senectud: ni la nieve de los años apaga en el corazón del anciano decrepito el deseo de poseerte.

Todos queremos guardarte en nuestro seno, cual guardaban las Nereidas los tesoros del Océano.

Todos te anhelamos con el ardor que anhela la sedienta carabana á la benéfica nube que le ofrece la lluvia consoladora.

Pero ¡ay! gastamos nuestra existencia, corriendo desalados con los brazos abiertos hacia tí, y no estrechamos nada.

¿Eres vana quimera, sueño de hadas, fantástica visión, vagaroso celaje, sombra indecisa envuelta en aéreo cenital, ó eres realidad? ¿Qué eres?

Tierna compañera de nuestras horas de alegría, apáreces brindándonos sonrisas inefables.

Fiel amiga de nuestros momentos de ventura, te muestras placida y cariñosa, haciéndonos saborear un néctar más dulce que la ambrosia ofrecida por la ninfa Hebe á los dioses del Olimpo.

Mas ¡ah! ¿Cuán grande es tu inconstancia, misteriosa deidad, ondina juguetona, sílfide caprichosa!

En las noches lúgubres de insomnios nos abandonas criminalmente, y si rasgas las gasas que te velan, es sólo para humillarnos con tu altivez al alzar te soberbia sobre el fúlgido solio de tu flotante alcázar.

En tu rápida fuga, sueles regalarnos una sonrisa; pero es la sonrisa irónica y mordaz del sarcasmo; es el triunfo de nuestra derrota, pues, al partir, nos dejas las ilusiones hechas pedazos, y éstos los tiendes sobre la arena, convirtiéndolos en alfombra de tu microscópico y alado pié.

¿Qué huellas deja el estío de su pasado encantador? Ninguna.

El árbol queda desnudo, el vergel sin flores, la brisa sin perfumes; ¿y tú, qué dejas?

La soledad, el vacío, la aridez, y un desengaño que nos hiela, que marchita nuestro corazón, cual troncha el mortífero soplo del simoun al inocente lirio que erguía su corola en el oasis africano.

¡Oh, por qué adherirnos á la felicidad, si tan efímera, si tan pasajera es!

Nos ilumina un momento, y pronto nos sepulta en crepúsculo sombrío, porque la felicidad es una esencia que se evapora, huye veloz cual la carroza de una divinidad en alas de los vientos, se desvanece con la rapidez de la estela surcada en el mar por la velera nave.

¿Quereis conocer una bellísima imagen de la felicidad? Escuchad al inspirado y tierno poeta José Selgas en las siguientes décimas:

«Vagamente dibujada

La encuentra el alma indecisa  
En el bien de una sonrisa,  
En la luz de una mirada,  
En toda dicha esperada,  
En la que pasó importuna,  
En la gloria, en la fortuna,  
En lo cierto, en lo imposible,  
En todas partes visible  
Y no se alcanza en ninguna.

Nube azul, blanca y ligera

Que los sentidos engaña,  
Y tras de cada montaña  
Parece que nos espera.  
En impetuosa carrera  
El hombre á cogerla va;  
Llega... se fué... síguela...  
Piensa asírla á cada instante,  
La nube siempre delante,  
Pero siempre más allá.»

Mariposa de bellos cambiantes, la felicidad es versátil, veleidosa cual ella; mas aunque su volubilidad no fuera tan grande, nos sería difícil, imposible, ser dichosos.

Para llegar al pináculo de la dicha es preciso subir una escalera cuyos peldaños no se acaban nunca. ¿Sabéis cuál es esa escalera?

Nuestra ambición.

El opulento, el que disfruta goces halagadores en el suntuoso palacio que sus riquezas le proporcionan, no creáis que es completamente feliz: siempre falta algo á su ventura; pues, como ha dicho un hombre muy eminente, «por más que suba el que se halla sobre las alas de la fortuna, la felicidad está siempre más arriba.»

Los bienes materiales no pueden constituir la felicidad.

Creedme: el hastío es la desdicha de los afortunados.

La sociedad se engaña frecuentemente al apellidar felices á los que rien.

¿Cuántas veces puede sorprender el observador más lágrimas en una carajada que en un raudal de llanto!

El agua está serena encima de la catarata, y muy turbada y revuelta en el fondo.

Hay ojos que sonrien y labios que lloran.

Una sonrisa forzada es una lágrima en los labios.

También se vierten lágrimas en la ventura cual en la pena; pero las lágrimas que hace verter la dicha, son la extrema sonrisa del placer.

Hay sonrisas amargas cual las aguas del río Aqueronte, frías como la hoja de un puñal, fúnebres como la mirada de un moribundo.

El hombre que rie mucho, es un desesperado que quiere aturdirse y engañar á los que le rodean.

Para no quedar aislados es preciso fingir ventura.

Todos temen al infortunio como á peste contagiosa. Teniendo la cadena de la vida pocos eslabones de dichas y muchos de pesares, rara vez hay motivo de alegría; pero, ¿qué importa? es preciso reir.

La risa es la pantalla, la máscara del dolor.

Nuestro tirano inflexible, el amor propio, nos hace ocultar muchas veces una nube de lágrimas, tras un diluvio de sonrisas perfectamente dibujadas.



Renunciemos á la felicidad de esta vida, y vivamos de esperanza hácia la otra, hácia un mundo mejor.

Es más bella, tiene encantos más indescriptibles la esperanza que la posesion.

Muchas veces al tocar la meta de un vehemente deseo, nos encontramos con una realidad que no es más que un feo esqueleto embellecido con el deslumbrador ropaje que le presta la imaginacion.

Los poetas, esos seres privilegiados, cuyo genio poderoso les permite poetizar hasta lo más vulgar, han hecho notables apologías, brillantes hipotiposis de la felicidad; mas á pesar de verla siempre, jamás la han alcanzado.

Con el cántico en los labios y la tormenta de las pasiones en el alma, solos con la lira y el laud vagan errantes buscando un ideal sublime, y tropiezan á cada paso con un mezquino desencanto que les aterra, que les hiere con saña impia.

No queramos cruzar los mares procelosos de la vida en la góndola del placer, pues es tan frágil, que un viento contrario puede estrellarla contra la más dura roca.

Somos flores que nacemos hoy para agostarnos mañana, y en el corto espacio de esta parodia del vivir que llaman existencia, el rocío nos acaricia una hora solamente, siendo azotadas por el huracan, marchitas por el Sol y arrastradas por el furioso vendabal durante las demás horas.

A nuestra débil naturaleza no le conviene un perpetuo estado de felicidad, porque la sociedad nos haria insensible á ella.

La felicidad es un opio; en poca cantidad fortalece, pero en gran dosis aniquila, envenena.

El hilo de la vida se aflojaría, dice Pitágoras, si no estuviera mojado con algunas lágrimas.

Para vivir más tranquilos no debemos consultar á nuestro corazon en las épocas de amargura, pues es un cronómetro tan inexacto, que nos marca lentas é interminables las horas del dolor, y muy breves las gratas y placenteras.

El infortunio puede sernos útil si hacemos de él un precioso escabel que nos acerque al Cielo.

El tiempo de la adversidad es la estacion de la virtud.

El alma no puede sustentarse con la felicidad de este mundo, felicidades miserables y pequeñas que siempre compra demasiado caras.

Por eso, cuando está agitada el alma, y cansada de las luchas y decepciones, suspira por su eterna mansion, no puede soportar el ostracismo de esta vida espíriatoria; muertos sus deseos terrenales, la única aspiracion que alimenta es remontarse á su patria celestial, al empiro de los espíritus puros.

La felicidad suprema, la absoluta, la verdadera, buscada en regiones más elevadas, guiados por la antorcha de la fé, pues en este erial no la encontrareis...

Lo finito no puede estrechar en sus redes á lo inmortal.

MARÍA C. GIMENO.

Madrid: 1878.

## ECOS DEL CORAZON.

Á CÁDIZ.

Allá léjos, muy léjos, do no alcanza

Mi vista á columbrar;

Al confin dilatado en lontananza

Del atlántico mar.

Allí Cádiz está, el Cádiz bello

Que sueña el corazon;

Como un astro de luz, cuyo destello

Alumbra á una ilusion.

Como la hermosa y hechicera maga

Que procura atraer,

Y con sonrisa delectosa halaga

Y llena de placer.

Esa sombra que en alas del deseo

En el sereno azul,

Paréceme ilusoria, que la veo

Rasgar el ancho tul.

Aquella que de torres coronada,

Es un nido de amor;

La que de César, la brillante espada,

Muestra llena de honor.

Cual un cisne figúrome le miro

Su cuello levantar;

Y adormirse con lánguido suspiro

Al murmurio del mar.

¡Cádiz de mi ilusion! ¡Cádiz querida!

¡La ninfa celestial!

Tú Cádiz, formás de mi triste vida

¡Ay! el sueño ideal!

Ilusiones no más, que aliento vanas

Con loco frenesí;

¡No he de ver á las torres gaditanas!

¿Por qué llegais á mí?

¿Por qué forjais en mi entusiasta mente

Esa dulce ansiedad?...

Si el destino condéname inclemente

A triste adversidad!

Aquí, léjos de tí, donde palmares

De espléndido verdor,

Cercan gallardos los risueños láres

De esta tierra de amor;

Aquí, en la hermosa y española Antilla,

Donde el Sol tropical

Sus rayos lanza, en cuyos mares brilla

La perla y el coral.

Aquí donde murmura el arroyuelo

En acorde sutil,

Y envidia los fulgores de su Cielo

La Bética gentil;

Donde cantan los pardos ruiseñores,

Y la brisa fugaz,

El gemido repite entre las flores

De la hermosa torcaz.

Aquí, desde la tierra bendecida

Que gloria dió á Colon,

Yo te mando suspiros de vida!

¡Ecos del corazon!!

DOLORES ELVIRA VALBUENA.

Santiago de Cuba: 1878.

## Á MI PADRE.

(DEDICATORIA PARA UN LIBRO.)

Hoy recuerdo que en más felices días,

Cuando mis pobres versos recitaba,

Creyéndolos perfectas melodías,

Tu cariñoso acento preguntaba:

—¿Cuándo unos versos lograré inspirarte?—

Y al escuchar tu voz, que hoy no percibo,

Me ví siempre obligada á contestarte:

—Cuando escriba mejor de lo que escribo.—

No ignoro que ese tiempo no ha llegado;

Que son mis cantos flores sin esencia,

Indignos de tu nombre idolatrado

Y de tu vasta y clara inteligencia.

Mas sé tambien que versos me pedias;

Ahora, aunque tarde, complacerte quiero,

Y te doy de mis pobres poesías,

No ya una sola, sino el libro entero.

Esta modesta ofrenda, pues, recibe

Hoy que no ves, según mi ser presente,

La débil mano que tan mal escribe,

Pero sí el corazon que tan bien siente!

JULIA DE ASEÑSI.

Madrid: 1878.

## Á S. M. LA REINA

DOÑA MERCEDES DE ORLEANS Y DE BORDON.

El amor es un destello de la Divinidad.

Asentada en el solio de Castilla

Hoy os contempla la nacion hispana;

Y la que no se humilla

De indigno yugo á la opresion tirana,

Os tributa homenaje,

Porque mira en su noble soberana

El ángel de clemencia

Que le envia la sábia Providencia.

Y no se engaña: La preclara nieta

De tan ilustres reyes, sube al trono

Porque así el mismo Dios se lo decreta.

Y al recibir su altísimo destino,

Ella, siempre indulgente,

Hija hermosa y gentil de nuestro suelo,

Sabrá llenar con la española gente

La sagrada mision que le dá el Cielo.

Bien venida, Señora! El tierno lazo

Que á nuestro Rey os liga, tambien sea

Lazo de bendicion, que firme una

En fraternal abrazo,

Á los que España diera honrada cuna.

Calmando las pasiones y el encono

Pudo al fin nuestro Rey, lleno de gloria,

Con paz dichosa embellecer su trono:

Mas faltábale aún ese destello

Emanado de Dios, que nos descubre

Vuestro semblante bondadoso y bello:

El amor le faltaba, y vos Señora,

Venis á prodigar los vivos rayos

De esa llama divina

Que es la gracia del Cielo, que germina

Entre reyes, señores y vasallos.

Aclamada y feliz, hollando flores,

Desde el Bétis llegais al Manzanares,

Trayendo por emblema

De dulzura y piedad, un nombre lleno

De gracias á millares:

¡El os dará con sus preciados bienes

La más rica diadema

Que pudiérais ceñir á vuestras sienes!

No tengo inspiracion: rudo es mi acento;

Mas, de entusiasmo henchida

Hoy elevo hasta vos mi pensamiento

Porque sois nuestra Reina. ¡Sin medida

Os conceda el Eterno sus favores

Y benigno conserve vuestra vida!

Años de merecida bienandanza

Alcanéis para gozo

De los que en vos cifraron su esperanza;

Que la nacion ibera

De vuestra egregia mano

La decidida proteccion espera.

Fia en vuestra bondad y no es en vano,

¿Qué gracia implorareis que no os conceda

Nuestro jóven y augusto Soberano?

A estos gratos instantes

Sucedrán las horas de ventura

Que afanosa procura

La patria de Guzman y de Cervantes.

El amor, la justicia, la indulgencia,

Su imperio desplegando,

Sostengan á su altura

El trono del invicto San Fernando.

Y así será; que ya con los fulgores

De la paz y el amor el solio brilla:

Espléndidos fanales

Que mostraran á la gloriosa España

Del bien los fecundísimos raudales.

¿Veis esa Luna que en la noche oscura

Al mundo envia su argentada lumbre?

Así una reina que perdona y ama

Beneficios derrama

De su pueblo en la inmensa muchedumbre.

¿Qué no alcanza el amor cuando lo abriga

Un corazon magnánimo? Señora,

El amor de los reyes

Es el solo poder que nos obliga

Á venerar sus actos y sus leyes:

Atraccion poderosa

Que, inspirando respeto y confianza,

Con fuerza incontrastable y misteriosa

Á los pueblos domina y afianza.

Crecen á su influencia,

La pureza, el valor y la hidalguía;

Porque lleva en sí mismo

Y lo difunde con su rica esencia,

El gérmen de la fé y el patriotismo.

Sólo de amor al sobrehumano aliento

Palpita el corazon, nacen los héroes:

Héroes como Pelayo...

Héroes como en Otumba y en Pavia,

Héroes como en Madrid el dos de Mayo!...

Nada bello ni santo ni sublime

Existe sin amor. Nombre bendito

Cuya inmensa grandeza

Se pierde en la extension de lo infinito....

Á impulsos de tan alto sentimiento

Vuestro dominio empieza

¡Halle consuelo en vos el sufrimiento,

Y habreis sobre la tierra conseguido,

Cual premio á vuestros dones,

De un pueblo agradecido

El cariño y las puras bendiciones!

RAFAELA BRABO MACIAS.

Ronda: Enero 1878.

## V LA SEÑORA DIRECTORA DEL «CÁDIZ».

Inéditos escritos has pedido

Á plumas que disfrutan gran renombre;

Y yo, señora, á darte me he atrevido

Inédito tambien, mi pobre nombre.

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ.



## Á LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

De «amiga» el dulce título me ofrece  
 Tu extremada bondad para conmigo,  
 Aunque la grande convicción abrigo  
 De que mi humilde ser, nada merece.  
 Y ya que tu amistad me favorece  
 Y que fiel la consagras á un amigo,  
 Yo sentir á la vez quiero contigo  
 Esa amistad que tanto me enaltece.  
 Mas ¿qué triste de mí! podré brindarte  
 Y en tierna gratitud ora ofrecerte?  
 Sólo puedo, mi amiga, asegurarte  
 Que si tu amigo ser cúpome en suerte,  
 Tengo aquí un corazón para probarte  
 Que yo te seré grato hasta la muerte!

ANDRÉS CASSARD.

Nueva-York: Febrero 1878.

## DOS MUJERES.

Encarnación de lo ideal es una  
 Y la otra materia sublimada.  
 Amor de serafín inspira Irene;  
 Á pasión mundanal incita Juana;  
 De Irene miro los azules ojos  
 Y sólo rayos de desden me guardan,  
 Á los de Juana entónces van los míos...  
 Llamas de repulsión tan sólo exhalan.  
 No le queda á mi amor otro remedio  
 Para pobre consuelo de mi alma,  
 Que hacer de sus desdenes un olvido  
 Y maldecirlas siempre y adorarlas!...

JOSÉ JUAN JAUMEANDREU.

Barcelona: 1878.

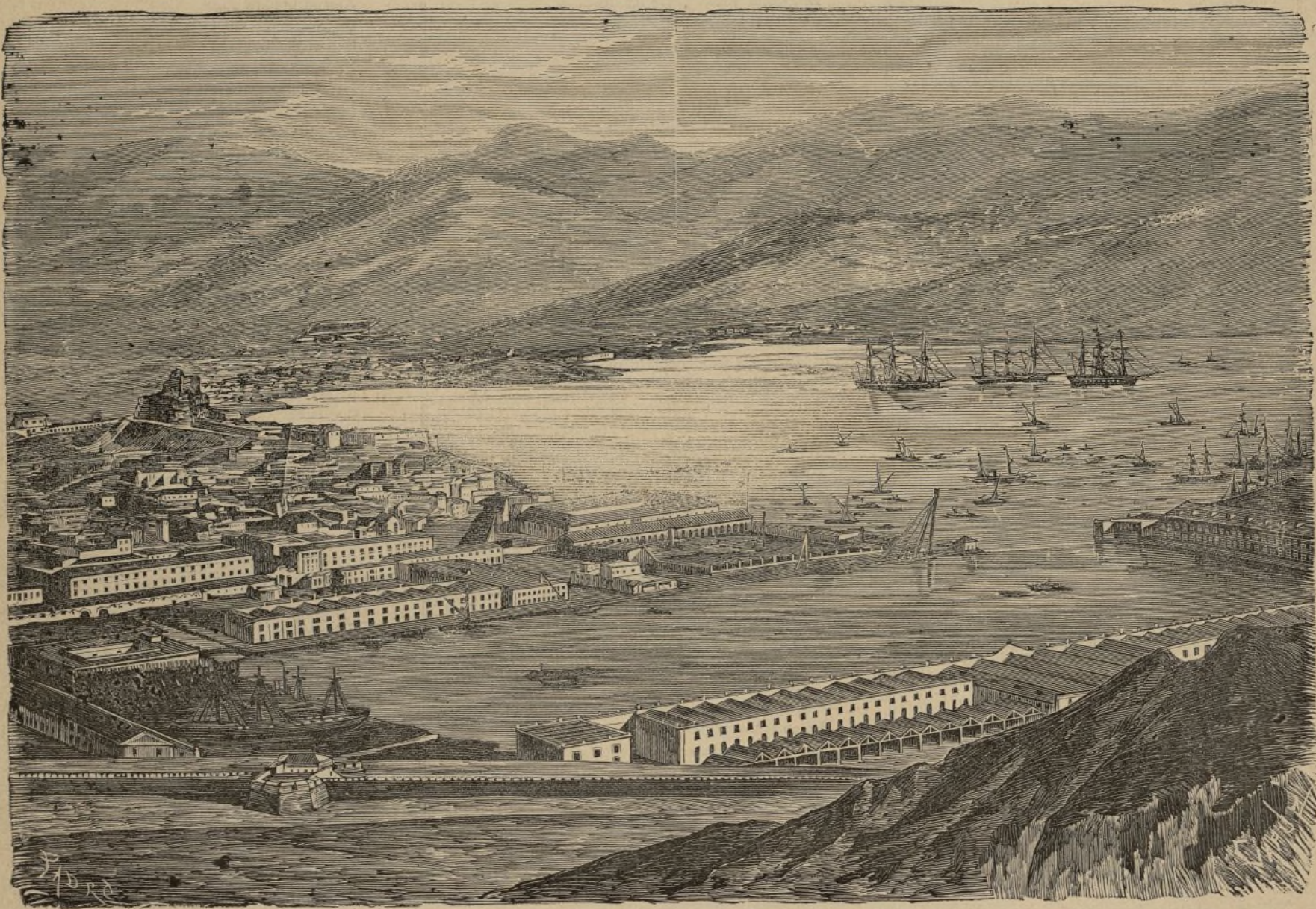
Á MI MUY AMADA  
ELVIRITA CARRERAS Y GARCIA.

Triste suspiro de mi pecho brota  
 Al pensar, niña, en tí;

Porque ya el beso maternal no puedes  
 En tus labios sentir.  
 Hallar no debes en las otras flores  
 Del humano pensil  
 El néctar de la flor que ya perdiste,  
 Mariposa infeliz.  
 Mas oye, Elvira: para cada niño  
 Dios tiene un querubín,  
 Que es, por los valles del ingrato mundo  
 Protector adalid.  
 Vive: no temas que tu planta lleguen,  
 Punzadoras á herir  
 Duras espinas, con que el suelo alfombran  
 Abrojos mil y mil.  
 En torno tuyo vigilantes guardan  
 El sueño que dormis  
 Tu hermana y tú, con el amor de padres...  
 (¿No les llamaís así?...)  
 El sueño os guardan protectores fieles....  
 Sin cuidados dormid...  
 Y alguna vez, al irradiar la aurora,  
 Pensad, niñas, en mí.

Alicante: 1877.

JUAN VILA Y BLANCO.



Vista del puerto de Cartagena.

Á LA ESCLARECIDA ESCRITORA ORIENTAL ESPAÑOLA  
DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

¡Atrocino, yo admiro esa diade-  
 tus sienes ceñida por la fa-  
 tu puro nombre que este siglo acla-  
 rayo es de luz que á la ignorancia que-  
 igo tu lira en alegría estre-  
 onto al calor de tu fecunda lla-  
 si mi númen flores no derra-  
 no es por no amar tu inspiración supre-  
 ingenio y majestad tu pluma to-  
 límpico clamor tu dulce ri-  
 lando arrullo es de nítida palo-  
 si el deseo de cantar me ani-  
 se fuego inmortal que en tu estro aso-  
 ará á tu genio luz que al mío im-  
 MA

RAMON ORTIZ Y BENEYTO.

Madrid.

## LA GRAN CAUSA DEL BELLO SEXO.

POEMA EN PROSA.

Decoración cuarta.

La figura principal de esta perspectiva será el nervioso y asustadizo *Don Puntillo* ó fidalgo inaguantable *Don Escrupulo de honor*, que en las monarquías se asentó ó instaló como principio universal de los pensamientos, palabras y obras de los hombres, al modo que se instalan en las casas, impertinentes y dominantes suegras para acabar con la paz de dichas sociedades conyugales. Excusado es decir, que tratándose de principio, absoluto, exclusivo y avasallador, allá fuimos los españoles á abrazarlo estrechamente y á enclavijarnos las manos con él de tal suerte, que á pesar de los palos recibidos y dados á consecuencia de este trago, vision, fantasma ó majadero, de quien hace tiempo se han desligado las demás naciones civilizadas, todavía no hemos podido desenlazararnos de su yugo. La vecina Francia quiso en algún tiempo competir con nosotros en rendirle vasallaje, y aún hay escritores que sostienen haber sido la más fiel y ciega esclava de este implacable Moloch, lo cual prueba, que no ya una, sino dos naciones pueden perder el seso,

contra la opinión de un sabio que dice ser imposible que una sociedad entera se vuelva loca. Yo respeto los disparates que aún hacen los hijos de San Luis, cuando por una mirada ó un gesto se salen al campo á cambiarse tarjetas de visitas, en forma de píldoras de plomo, en las cuales se concentra ahora la virtud curativa ó lavativa que ántes fiaba este señor boticario á las puntas de las tizonas; pero tratándose, como he dicho, de principios absolutos, de líneas rectas, de locuras y fanatismos, preciso es dar la palma á España, y esta es la razón porque, defendiendo la causa del bello sexo en Inglaterra, al hablar del honor, tengo que ir á la ibérica Península, como á Italia cuando de artes, y á Alemania en materias de filosofía.

Hubo en Inglaterra su ramalazo ó chubasco de esta epidemia: se estimó el honor en alto grado en los tiempos de la caballería, y muchos críticos creen que esta institución, su verdadera madre, tuvo origen en el reino de *Cornuaille* ó *Cornuaglia*. Sobre esto hay varias opiniones, pero es lo cierto que las historias caballerescas más antiguas que se conocen son inglesas; que inglés fué el rey Arturo; que aún se conserva en *Winchester* alguna pata ó el todo de la mesa que se llamó *Tabla Redonda* y en donde se sentaban los doce pares y que la patria del héroe más distinguido y con cuyas hazañas formó Francisco de Moraes el mejor de los



compuestos libros de caballerías, según el elogio acertado de Cervantes, fué inglesa, como no deja duda su título de *El Palmerín de Inglaterra*.

Pero á estos sajones les pasa al revés que á los latinos, y es que si hay individuos locos, y á mi entender de este color tiene cada uno un vestido, la nación es cuerda por excelencia, mientras que nosotros, individualmente podremos ser todo lo sesudos que se quiera, pero colectivamente somos un atajo de orates. La prueba es que á algunos ingleses se les aplica el apodo de *Quijotes* y nunca al gobierno de la nación, ó sea á la colectividad; al paso que entre nosotros el quijotismo se aplica á la España y no se dice de D. Fulano ó D. Zetano que sea un *Quijote*, sino el Estado, la nación, el pueblo en masa.

El buen sentido inglés tomó el honor á beneficio de inventario. Vió que era un caballero quisquilloso, insufrible, pesadísimo y visionario, y poco á poco le fué dando del codo y echándole de su casa como veremos después, contentándose con decir por ahora, que cabalmente en la época en que los españoles andaban á cuchilladas con su sombra por el menor desliz de sus mujeres, se había introducido en la corte inglesa la costumbre de besar los jóvenes á las damas, casadas y por casar, tan sin ocasión y á menudo, que un au-

tor contemporáneo comparaba el rostro de éstas á *prados conegiles*, donde cualquier asno podía ir á refregarse el hocico cuando se le antojaba. Calculen mis lectoras qué prospecto tenía D. Escrípulo de introducirse, poner la ley y llevar la vara en una sociedad tan cándida y bonachona.

Pues nadie me negará que hablar del honor es hablar de la mujer á quien se hizo depositaria de este gran tesoro, y no así como quiera, sino incondicionalmente, *sin reserva*, como dicen estos isleños en sus públicas subastas. Calderon concluye su comedia de *Las armas de la hermosura* con estas terminantes palabras:

..... «Que se entregue  
Todo el honor de los hombres  
A arbitrio de las mujeres.»

Subrayo ese acusativo porque es de perlas, y prueba lo galantes que fuimos con el bello sexo, por no decir lo insidiosos y pérfidos, pues leyendo á nuestro gran poeta, nunca puedo darme cuenta de si habló en serio ó en broma en sus más notables producciones y cuando pinta los fanatismos de su época. No sé, en efecto, si llegó á tanto el quijotismo real de aquella sociedad extraviada, que entregó su honor, no á la discreción, virtud y prudencia, sino al capricho y arbi-

trio de la mujer, ó fué una lisonjera frase del galán sacerdote, hija de su gran opinión del bello sexo. Algunas cuentas tengo que ajustar, cuando salga de este compromiso, con este mi gran rival en adoración á las que llamó *arcángeles con manteos*, y no porque rehuse suscribir mi nombre á la menor de las alabanzas que el suyo ilustre autoriza, sino porque se me antoja que así como se dice: «Zapatero á tus zapatos» y «Pastelero á tus pasteles», podría decirse también: «Sacerdote á tus altares.» Seguro es que no abriré mi boca contra sus tres ó cuatrocientos autos sacramentales. Ahí está en carácter y en jurisdicción; pero eso de poner tienda de *vino del diablo*, como llamó un Santo Padre á la poesía amorosa, y volver loco al público con los laberintos de galanteos, escapatorias, encerronas é intrigas que contienen sus comedias, y enseñar á las doncellas tanto arte de burlarse de padres, esposos, amantes y hermanos, con perdon de sus hábitos no me parece muy católico, y mucho menos si lo hizo sin anatematizar esas locuras y fanatismos incluso los de la superstición.

Digo esto, porque él, más que nadie, que pintó á la perfección lances de amor, honor y celos, ha de ser mi texto para demostrar que ese extravío de la sociedad española fué una de las principales causas de la pos-



Una pagoda china.

tracion y mal recado en que nos hallamos hoy, y de que nuestras compatriotas, que en ingenio y aptitud superan á todas las mujeres del orbe, no hayan podido adelantarse á sus semejantes de los países del Norte en la conquista de sus franquicias y derechos. No es esta la ocasión de entrar de lleno á decidir del sentido moral de ese gran pintor de las virtudes y vicios de aquella época; pero sí diré, de pasada, que los que con su entendimiento y pluma se levantan sobre el nivel de los demás, contraen una gran responsabilidad en la historia, y el día llegará, y no muy lejano, en que se llame á residencia á este sacerdote y se ponga en claro si empleó su talento y ministerio en autorizar y contemporizar tanto extravío y monstruosa superstición, ó hizo constar que protestaba y se revelaba contra tamaña perversión de la razón y el comun sentido. Entre los escritos de autoras contemporáneas nuestras, de reconocido talento y discreción, y los de este sacerdote hay un abismo. No es posible que las ideas morales hayan cambiado tanto en nuestra patria que el uno y las otras estén en lo justo; luego hay la presunción de que este grande hombre, ó fué muy pequeño, moralmente hablando, ó fué á sabiendas cómplice de aquel extravío hijo de la general ignorancia, aserciones que no creo estén dispuestos á admitir sus críticos y admiradores.

Parece increíble que el cristiano pueblo español cayese en la inconsecuencia de crearse una religión social como la del honor, tan contraria á la religión espiritual en que tanto se había embebido. Por más poético é interesante que sea el panorama que Calderon, y todos los escritores de aquel tiempo, nos presentan de las costumbres y móviles de las acciones de los españoles, el fondo sobre que se asientan, no puede menos de parecernos falso, lamentable y repugnante, como fundado sobre dos fanatismos. Pase el de la superstición religiosa, en que llegamos á los últimos confines de la esfera de aberraciones y absurdos; pero ¿no era bastante uno? ¿Cómo pudo la doctrina secular y mundana del honor, religión puramente terrenal, hallar cabida en sociedad que casi vivía de imágenes y visiones, comunicaciones y revelaciones de la otra vida? ¿Qué hay de comun entre las pragmáticas del honor y las máximas cristianas? El honor fué principio y religión única de la caballería andante. Como tal tuvo su Dios y su evangelio, su cielo y su infierno; pero bien distintos de los que enseñaba el catolicismo romano. La verdad, la virtud y la belleza fueron su nuevo Dios, su ley el honor, su cielo la fama, su infierno el olvido. Aunque se dice que toda la creencia del caballero se cifraba en «Dios y su dama», bien puede asegurarse que la dama era su verdadera y única di-

vinidad, puesto que representaba todos los atributos divinos, y á ella se encomendaban en todos sus combates y peligrosas aventuras.

El hecho es, que los tres principales conceptos de «verdad, virtud y belleza» los personificó en la mujer y desde el instante en que el caballero escogía á la dama de sus pensamientos, quedaba verificado ese matrimonio ó consorcio espiritual tan bien retratado en la unión ideal del ingenioso hidalgo y su señora Dulcinea. En esto, que desde el siglo XVII acá se ha llamado *quijotismo*, consistía principalmente el toque y la virtud comunicativa de todas las gracias del caballero perfecto. Ni aún era preciso que éste conociese personalmente á su señora, ni que ésta fuese un portento de hermosura. Bastaba que fuese alabada de honesta y discreta para que la creyese hermosa y dotada de todas las prendas necesarias para ser digna de sacrificarse por ella á todos los trabajos que traían consigo el hacer el bien, defender la justicia y amar la verdad, y para vivir espiritualmente una sola alma en dos cuerpos.

Escogida la dama, á la fama del caballero iba siempre unido el renombre de aquella. Nada más natural ni lógico. Ni él tenía otra afición ni pensamiento que su adorada imagen, ni ella se desmandaba á hacer cosas que pudiesen menoscabar en lo más mínimo su ex-



celencia y crédito. Propalándose por córtes y castillos, el como la tal princesa ó doncella era dama de cual valiente caballero, esta publicidad era un seguro, si necesario fuese, contra las ligerezas de uno y otra. Natural era también, por otra parte, que un honrado campeon, que elegía á una doncella hermosa por voluntad, y la servía sin hacerse fuerza alguna, y pasaba por ella un largo y penoso noviciado, no iría á mudar su fé tan fácilmente ni á enamorarse de otra mujer al primer encuentro, máxime cuando los perfectos caballeros no tenían ojos sino para su objeto amado, y todas las demás bellezas eran densas nieblas al lado del Sol clarísimo de quien recibían calor y sobrehumano esfuerzo. Era ley del honor en el hombre el ser constante y fiel como lo fué Palmerin, pues que el olvidar á su dama, siendo los amores tan públicos, fuera el atraer sobre su reputación lluvia de maliciosos comentarios ó calumnias. Entonces, cualquier infidelidad ó niñería de la dama era realmente matar al caballero, pues mataban su honra y fama, su vida, su cielo, su todo, y tenían licencia y estaban excusados para desesperarse y cometer todo género de insolencias y desafueros. Siendo pues dos cuerpos con una sola alma y no afectando á la dama la derrota ó infidelidad del caballero y si á éste la de su dama: ¿quién sino ésta era, á justo título, depositaria del honor? ¿Puede darse encadenamiento y deducción más lógica en aquel estado de cosas?

Agréguese á esto, que los buenos caballeros respetaban mutuamente sus damas, y los cobardes ó caballeros de seda, moradores entre alfombras y tapices, no se atrevían ni á mirar á las comprometidas, por temor de perder el pellejo á las airadas manos del ofendido amante: escollo que por remoto que fuese, apenas existía, puesto que las damas vivían en soledades, y en las fiestas y saraos, mientras las doncellas libres (quiero decir, sin compromiso), danzaban ó se entretenían en pláticas con los donceles sueltos, era de rigor estar las damas de ausentes caballeros como de luto, apartadas del bullicio, tristes y suspirantes, absortas en sus memorias y teniendo á gala su melancolía en honra y crédito de sus ausentes servidores.

Tenia, pues, la mujer la más alta y grave responsabilidad; pero también la mayor consideración y respeto de que puede gozar ser humano en la tierra, y lo uno bien valía lo otro.

Hasta aquí la pintura de lo ideal, en lo que se refiere al alma y principio de esta institución en sus relaciones con la mujer. Caballeros y damas hubo, á no dudarlo, que realizaron ó estuvieron muy cerca de realizar esta perfección, difícil para seres frágiles ándado el temperamento social y sencillez de organismo en que se movían; pero fueron en corto número, y aún los poetas y cronistas que iban al pintar como queriendo; al lado de un Amadis de Gaula ó de un Palmerin de Inglaterra, de una Oriana ó una Polinarda, nos hacen el retrato de Reinaldos y Florianos inconstantes y engañadores, y de damas, volubles como mariposas y cambiantes como veletas.

No todos los caballeros fueron de oro, que hubo muchos de alquimia, y princesas é infantas que se enamoraban de cuantos veían. Por otra parte y fuera de ese escogido número de modelos legendarios, la sociedad en general, era presa de pasiones bajas y corrupción inaudita, sin noción siquiera de lo que se entendió por honor en la caballería.

Pues bien, los españoles, enamorados de lo bello y perfecto en teoría y aguijoneados por el entusiasmo que sin duda debieron inspirarles los ejemplos de héroes de epopeyas, quisieron traer á la vida de ciudad ese refinado y elevadísimo sentimiento que creció y se satisfizo en peregrinaciones solitarias, y en medio de una libertad é independencia, por decirlo así, cerriles, vinieron á las córtes con su mujer y sus hijas, espada en cinto y rodela en brazo, con el código del honor en un cañuto cual licencia de soldado. Aquí estuvo el daño y el error, y el disparate y el delirio. Había cambiado el teatro de la vida. El organismo social se complicaba: entraban nuevos elementos, nuevos intereses, nuevas ocupaciones, diferentes hábitos y costumbres. El trato era más artificial, frívolo y engañoso, las seducciones mayores y más frecuentes, crecía la licencia aumentaba la ociosidad: en una palabra, sobraban peligros de todo género para la mujer y acechanzas por parte de los hombres, sin el seguro y salvaguardia que daban el retiro y aislamiento del castillo, y la honradez y ejercicios varoniles de los caballeros.

Las lanzas y durindanas que en manos de éstos solo se habían blandido y desenvainado para lances y empeños generosos y de interés común y social, comenzaron á esgrimirse á diestro y á siniestro por pequeñas cuestiones de intereses personales, como que el pobre honor en córtes no podía dar un paso sin sentir desgarradas las carnes ó desollada la piel, y en vez de conocer y remediar el mal recado que habían hecho los cortesanos caballeros, se engolfaron más y más cayendo en la especie de achaque, dolencia, calentura, pasión de ánimo ó reblandecimiento de cascos que gráficamente se llamó no ya el honor, sino el *escrúpulo* ridiendo de este sentimiento, que como tabaco insufrible les quitaba el sueño y envenenaba la sangre á puro picotazo y mordedura. ¡Pobre caballero español! Su vida entera no fué más que un puro

jugar á esconder con las mujeres, y á la espada con los amantes y maridos; perseguir las del prójimo para quitárseles ese mismo honor de que las hacían guardadoras y depositarias, y cuando vió que presentaba el juego mal cariz, se acordó de que era el amo y el fuerte y que el sistema de esclavitud á lo asiático sería el mejor remedio, y vinieron las llaves, los cerrojos, las muradas puertas y por añadidura los mantos, las tocas y los velos. Precaución inútil. Los Carrizales produjeron siempre sus Loaisas y al lado de las niñas Leonoras hubo sus correspondientes dueñas Marialonsos. ¡Oh, criadas, exclama uno de los personajes de Calderón, azeado á esas estrategias de amores:

«¡Y cuántas honras ilustres  
Se han perdido por vosotras!»

En resumen, la ocupación de D. Fidalgo era otra tela de Penelope. Guardar á la mujer, atacar á la mujer y vengarse en la mujer, ó mejor dicho; manchar el honor ajeno, y lavar el propio. El gran tirano y descarado egoísta no paró hasta considerarse exento de culpabilidad si mataba á la esposa adúltera, y consignar para ésta en el código la pena capital, caso de no ser *bastante caballero* para asesinarla con sus propias manos. ¡Qué magnanimidad! Ved la Doña Mencía en el horrible é inmoral cuadro llamado «El Médico de su honra.» Amante de su marido, tranquila en el hogar, viene á turbar su reposo D. Enrique de Trastámara. Hace cuanto puede hacer una mujer honrada para excusar y huir el peligro, y esos mismos esfuerzos se tornan para el monstruo de D. Gutierrez en indicios de culpabilidad, en sospechas de mancilla de su honor. El médico de su honra ordena á un Hipócrates, á quien venda los ojos, el dar á su esposa una sangría suelta, y el justiciero rey D. Pedro le sentencia... á que se case con una doncella, á quien el mismo marido celoso de su honra había quitado la suya. ¡Desgraciada sociedad y desgraciada mujer las que pasaron por tal época de perversión de ideas, y vió á un público frenético aplaudir tamañas iniquidades del amor propio.

Poco tiempo antes se había visto en España acudir un carnícero á los tribunales en demanda de desagravio de su honor, porque todas las dolencias de este género son contagiosas. Pidió y obtuvo de los jueces el cruel privilegio de coser á su mujer á puñaladas en la plaza pública, y cuando ya estaba exánime, tiró su montera al aire, exclamando: ¡Cuernos fuera! Sin embargo, este proceder del plebeyo es humano y noble comparado con el del refinado cocodrilo de Don Gutierrez. Allí asistieron frailes, que después de haber dado los Sacramentos, auxiliaron á la infeliz mujer con sus consuelos y exhortaciones. Pero los nobles, católicos, lo entendían de otra manera. D. Gutierrez, que de todo se acuerda y todo friamente lo calcula, para nada se acuerda del alma ni de la salvación eterna de Doña Mencía. El mismo Otelo en quien pinta Shakespeare el terrible estrago de los celos, en medio del vértigo de su pasión que nada premedita, que por nada calcula, ni usa de su alfanje sino que mata á Desdémona con la almohada, tiene la caridad de preguntarle siquiera: «¿Has rezado tus oraciones?» Magnífica pincelada del gran dramático inglés. En la fiera, en el demente, hay un rayo de luz del hombre. Muera si se quiere la culpable; pero no con más pena que la necesaria, no con refinamiento de crueldad. D. Gutierrez es católico, apostólico romano, y no menos el pintor de este tigre de Hircania. El católico ferviente debe extremecerse de horror al considerar la suerte que según los doctores, espera en la otra vida á los que mueren en pecado mortal. ¿Qué aspid venenoso ha picado á este hombre para que cometa, no ya un asesinato á mansalva por medio de un arte consumado de hipocresía y disimulo, sino la perdición eterna de la pobre víctima, el castigo más incommensurable que pudo inventar el odio humano? Pero ante el honor de este fidalgo, saco de vanidad ridícula, la mujer sospechada de delincuencia era peor que una cosa, á quien debía aplastar sin miramientos ni ceremonia alguna. ¡Qué honrado, satisfecho, y sobre todo qué limpio de conciencia pasearía por las calles de Sevilla D. Gutierrez ó D. Gu-sano después de ese nefando laboratorio, al paso que una doncella cuya ruina había causado no tuvo contra él más armas que lágrimas inútiles, ni más venganza que cristiana resignación!

Parécenme los hombres de aquella época tan ridículos en su rigorismos del honor, como son los maridos tolerantes del día, y sobre demasiadamente egoístas, con sus ribetes de aquel célebre Juan de Robres que hacía los pobres y después fundaba hospitales. Para ellos ancha Castilla, nada vedado. Su único negocio era perseguir y arruinar doncellas, cabalmente los daños que intentó remediar la andante caballería, y se llamaban caballeros! ¡Y obrando como el último de los malandrines conservaban la ordenanza del honor! Por lo mismo que sus infidelidades no traen consecuencias para la familia, que es la única razón que pueden alegar, debían dar el ejemplo, que sería de tanto más valor cuanto más fácil el pecado. De otra suerte semeja su moral al gloton de buen estómago, que se entrega á la gula porque no sufre indigestiones y truena y predica la templanza contra los demás. Ni esto es justo, ni cristiano, ni caballero. Es puro egoísmo triunfante y desvergonzado. ¡Pobre sociedad!

¡Desgraciada la mujer con la guarda á cuestras del honor de hombres libertinos!

¡Y pensar que esta preocupacion se sobrepuso á todo un evangelio, á toda una religion, cuyo fundador había dicho á los perseguidores de la mujer adúltera: «El que esté sin pecado tire la primera piedra»; con todas las demás máximas y consejos de amor, caridad, perdón y mansedumbre! Y ¿qué hacía el clero católico? Porque en un país, tan creyente como España, si el ministro de la religion se hubiese opuesto á este cisma espantoso de la moral, habría muerto en su origen irremisiblemente, como concluyeron las demás sectas. Me responderán que cómo había de concluir si sacerdotes ilustrados de la talla de Calderón hacían su apoteosis pública? Hé aquí la razón porque yo creo que Calderón ha sido mal juzgado y entendido. Hay aquí un terrible dilema; pero no es este el lugar ni momento para su solución, en la que me ocuparé algún día.

Tanto se sobrepuso este cisma á la esencia y espíritu del evangelio, que lo que quedó de religion, lejos de contribuir á la enmienda de los pecadores, era una tentación para los justos.

Pero esto y otras materias importantes distinta perspectiva requieren, y á ella, mis lectoras, me remito.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

Londres: 1878.

## EL MARTIRIO MÁS HORRIBLE.

### I.

No sé que las almas se traducen en verso ó se riman.

No necesito para probarlo evocar la sombra del malogrado poeta del sentimiento, Becker; me bastan sus obras.

Una poesía suya es toda una alma grande.

Leed:

«Hoy la tierra y el cielo me sonríen.»

Qué placer tan puro expresado en tan pocas palabras.

«Hoy llega al fondo de mi alma el sol.»

Infelices de aquellos para quienes siempre está nublado el firmamento de su alma.

«Hoy me ha visto, me ha visto y me ha mirado.»

Estos amores de jóvenes que se buscan son muy poéticos; y cuando se encuentran, más; y cuando se miran, ¡oh! entonces el colmo de la poesía: lo que es prosa vil, es que se amen y no se busquen, y se encuentren y no se miren.

Sin embargo, esto sucede muchas veces.

El mismo techo cobija á dos que se aman en secreto, necesariamente cuando la familia á que pertenecen se reúne, se encuentran pero no se miran, porque temen han de encontrarse con las miradas de todos fijadas en ellos.

El ¡hoy creo en Dios! sobra para entrambos; creen en sí mismos, en el amor encendido en sus pechos por el Omnipotente. ¿Cómo no han de creer en él todos los días, si todos los días besan sus obras!

La cuestión se complica, hay de por medio un testamento, una promesa, la voluntad de un padre, que enlaza fatalmente á dos corazones que no se aman, el corazón restante sufre, porque el corazón de su amada va á unirse en matrimonio con el corazón de su rival. Empieza á encerrarse el desgraciado en su cuarto, sale poco, y cuando sale va en busca de una mirada, y cuando la obtiene vuelve á su cuarto corriendo como un loco; dije mal, como un ladrón.

Se deja caer sobre una silla mesándose los cabellos, y aunque nadie así al verle le creería feliz, exclama alborozado:

¡Hoy creo en Dios!

¡Y es que está creyendo en el diablo á piés juntillas!

Se dan casos más terribles en estos poemas del silencio y del misterio.

Sucede á veces que el enamorado correspondido es... pero no anticipemos la novela entera.

Quiero concluir estos prologómenos, y antes de entrar en materia he de definir el silencio y las causas de donde nace. Luégo... luégo haremos numerosos conocimientos.

### II.

Todos los Santos Padres lo recomiendan.

La Sagrada Escritura también lo alaba.

¿Cómo no, si las religiones que descansan en el dogma de la Trinidad Santa, son por naturaleza silenciosas!

Se encarna el Hijo y llora en el huerto de Jesetmaní mientras duermen sus discípulos.

El ángel del Señor descendiendo, y le presenta el cáliz de la amargura; nada dice, cierra su boca porque sabe que el silencio es madre de la oración y compañero perpetuo del llanto.

El varón justo ha de sentarse en la soledad y callar; porque de este modo se levantará sobre sí: esto está escrito.

El silencio es el obrero de la meditación y la atalaya de los enemigos y el pintor de los tormentos eternos y el inquisidor de la justicia divina.



Su más dulce epíteto, el que más quiere es el de amigo de las lágrimas.

Todos nacemos condenados á llorar y á sufrir; es la ley natural de la vida. De esa ley nace también el silencio, la reconoce como á su primera madre.

He dicho ántes que el número tres se hermana con él.

¡Bendito sea el número sin madre y madre de los números!

El se funda en la nada, y en él todos los demás, ¿no le encontráis alguna semejanza?

El que al triángulo místico á que todas las religiones circunscriben sus círculos, es el amor, la justicia y la caridad.

¡Hé ahí las tres madres queridas del silencio!

Ya concluyo la introducción, puede empezar el drama.

### III.

¡En el nombre de Dios, amen!

Todas estas palabras significan que se presenta en escena un fraile.

Amparado tras de ellas va por todos los caseríos con su amable sonrisa y su voz dulce, pidiendo una limosna para los padres del convento.

Quién le dá una moneda, quién las mejores lechugas acabadas de arrancar del huerto y aún con las gotas de rocío, quién la leche sabrosa ordeñada há poco, y quién no le dá nada.

Escasos son los incluidos en este quién último, porque la caridad en Andalucía, como la muerte en todas partes, lo mismo se halla bajo el techo del labrador pobre, que en el soberbio estrado de la hidalga dama.

El fraile conduce las limosnas, dejando en cambio un centenar de gracias y de oraciones.

El tipo frailuno que nos presenta Torres Naharro en la *Soldadesca*, yace por tierra en estos tiempos; ya no se hurtan los hábitos; ya no es todo el paraíso para los frailes, pero sí el purgatorio.

Mas el fraile de que trato, maldito lo que tiene que ver con esos otros, hoy transfigurados en barberos, sacristanes y bailarines. No quiero describirle punto por punto, si diré que era de rostro al parecer envejecido ántes de tiempo, y de mirada incierta.

Pedia limosna, porque con esa condicion, por él impuesta, entró en el monasterio, más su presencia indicaba, no un fraile vulgar nacido entre los legos, criado entre los legos, casi su hijo (como se daban casos), sino un pecador arrepentido; tampoco, un pecador dudoso.

Se llamaba el Padre Juan de Juanes, segun me han dicho posteriormente á la época en que le conocí, y como sé la historia del Padre Juan de Juanes, la voy á contar

¿Cuántos latidos dá vuestro corazón, lectores, al ver esos puntos suspensivos como indicando una catástrofe..... ninguno? Me lo suponía: ved ahí la historia del Padre Juan de Juanes. Impasible en todos los puntos de su vida, previó constantemente algo sangriento que no tuvo lugar.

Paso á otro personaje.

### IV.

Rubia sin fulgores; es decir, sol sin rayos, en sus ojos azules una mirada vaga, en su boca entreabierta una sonrisa ascética, y en sus manos huesosas un rosario de perlas: ved aquí lo que cuenta la crónica del físico y costumbres de Doña Laura de Argote.

No salía de su casa más que al templo; rezaba allí horas enteras, y nunca he sabido más de su vida de aquel tiempo. Dispensadme la ignorancia que demuestro en todo el drama.

¿Había vivido así siempre? Doctores tiene la Santa Madre Iglesia y frailes el convento de \*\*\*; preguntádselo á Juan de Juanes.

Yo por mi parte suelto la pluma para que él hable. Oigámosle, fiados en su veracidad:

«Yo no me llamaba Juan de Juanes hace quince años.

Soy hijo de una señora viuda, tan atribulada por la muerte de su esposo, que desde entonces no hablaba sino con Dios, y con éste mentalmente.

El hijo mayor de esta señora vivía espléndidamente. Como era de suponer, era un rico mayorazgo andaluz.

Gastaba y triunfaba (Dios le haya perdonado). Corriendo tras las liebres en el monte todo el verano, dormía en lo restante del año su sueño invernal.

Dicen que hasta era elocuente en el café: lo creo, pero me consta que en casa no desplegaba sus labios.

Entremos en el nudo del drama, no sin hacer observar cómo procura el pobre fraile disculparse con la atonía é indiferencia de su hermano.

«El padre de Doña Laura espiró, despues de obtener de ésta juramento formal de casarse con su primo el mayorazgo. ¡Ay, qué pronto se hacen los juramentos y qué tarde se cumplen!»

«Cuando Doña Laura fué ascendiendo en años (era de mi misma edad) no sé qué gracia encontró en mí que no encontraba en mi hermano, y como vivíamos en

el mismo palacio (yo lo he visto, del renacimiento puro), por ser ella huérfana de padre y madre y estar encomendada á la tutela de la mía, con el continuo trato se abrieron nuestros corazones, poco á poco y también lentamente se apoderó de ellos una ánsia, un afán inexplicables. Se ahogaban en nuestros pechos. ¡Oh, primavera de la vida, tú tienes más dolores que la vejez, porque esa duda, esa incertidumbre, y al mismo tiempo esa pasión tan tiránica que despiertas en las almas de los hombres, si no es el martirio de Tántalo, es el de Prometeo.»

«Yo no me explico lo que sucedió. Sé que un día dimos: hemos nacido el uno para el otro; y desde entonces nos huimos siempre, y si nos encontrábamos alguna vez, bajábamos los ojos poniéndose nuestros rostros de color de grana» . . . . .

### V.

«Pasa algun tiempo y se acerca la edad fijada por el padre de Laura en su lecho de muerte, para que ésta contrajera matrimonio con su primo mayor. Yo estaba cada día más taciturno, ella más pensativa, su prometido más alegre... ¡la novedad!

### VI.

«Pasa un mes más, y yo llorando como una Magdalena al mirar á mi prima, tenía que tragarme las lágrimas cuando delante estaba su futuro esposo. Se convertían en veneno. De ello estoy seguro, porque mi cuerpo flaqueaba y mis ojos se hundían, y mi alma... sucumbió al veneno. ¡Desgraciado de mí, nuevo Romeo, decía: «Yo no soy... Juan de Juanes, buscad á ese loco!»

«Doña Laura también vierte llanto, ¡pero cómo se interpreta! Oid á su tía: «Pobre niña, llora de felicidad.» Eso dijo mi madre varias veces. Niego los vínculos de la sangre.»

### VII.

«En una noche tranquila que respiraba el aroma de las rosas y del blanco azahar, perfumado aliento de la madre naturaleza, tal vez movidos por el mismo impulso, bajamos ambos al jardín para desahogar nuestras penas en la contemplación de Dios.»

«Allí nos encontramos, y sin atrevernos á pasar el uno por el lado del otro, sin decirnos algo que mutuamente nos consolara ó distrajera nuestras desdichas, empezamos á hablar de cosas indiferentes, como evitando conversaciones peligrosas.»

«Yo no sé de qué manera, al medio minuto estábamos en el terreno de nuestros amores, luego en el de nuestros pesares, pero sin nombrar para nada el casamiento que se había de hacer; luego en el del modo de evitarlo, y luego en el de las protestas de fidelidad más allá de la muerte: pero en nosotros había demasiada vida para pensar mucho en ella, y por eso vino el positivismo disfrazado de cariño y adoración. Se pensó en un medio de evitar *aquello*; todos nos parecían culpables y pecaminosos, pero ¿qué queréis? el más culpable y pecaminoso de todos se aceptó tácitamente con la rapidez del rayo, y diciendo que nunca lo haríamos..... ¡Dios mío, qué sucedió!»

### VIII.

«Ya llega el Sol á iluminar el horizonte; las aves se despiertan; abren las flores sus capullos..... Adios, él lo sabrá... yo se lo confesaré... nunca serás suya..... Y sin mirarnos nos separamos con la conciencia agitada é inquieta y el alma aún soñadora... pero empezando á despertar del modo más horrible.» . . . . .

«Es por la tarde: mi hermano está solo; yo me acerco haciendo un esfuerzo que conmueve todo mi ser: algo se interpone entre nosotros; es Laura, que le dice sobresaltada, delirante, loca: «No lo creas, es mentira.» Nos mira con extrañeza, y veo en sus ojos levantarse la duda del fondo de su alma: quiero hablar, pero ella grita; «¡Yo se lo diré todo... él no tuvo la culpa!»

«¿Queréis divertiros á mi costa!—exclamó separándonos y desapareciendo por la puerta del jardín.—Yo nada digo: ella calla. Hubiera querido morir entonces... No sé cómo concluyó aquello, ni quién se marchó primero... me parece recordar estas palabras que zumbaron en mis oídos: «¡Qué hemos hecho! ¡Adios para siempre!»

### IX.

¿Oís cómo repican los campanas del pueblo? Es porque la comitiva nupcial se dirige al templo. Un sacerdote va á unir á dos jóvenes que *se aman*. ¡Hosanna! Hosanna! Felicidad! Aleluya!...

### X.

Doña Laura de Argote y D. Pablo Antonier, hijo mayor de la Sra. Viuda de Antonier, participan á V. su efectuado enlace, etc..

### FIN.

Como os decía, Juan de Juanes estuvo esperando toda su vida una catástrofe, que no llegó por fin. Su madre y su hermano bajaron al sepulcro muriendo sin remordimientos de conciencia de ninguna especie.

Pero entonces ya era Juan de Juanes fraile y Doña Laura beata apergaminada, y sin sensibilidad al parecer.

Pero no era sólo fraile Juan de Juanes, sino también mandadero del convento, porque la soledad de la celda le abrumaba con su silencio, y él quería ruido, agitación, emociones, para olvidar un solo momento de una sola noche.

Mas Dios quiso que no llegara á oídos de nadie.

Ninguno lo supo, y de eso se quejaba en las noches de insomnio el fraile, porque el silencio nace de la justicia; porque es el pintor de los tormentos eternos, el compañero del amargo llanto, el verdugo más cruel de la conciencia.

JOSÉ ROURE.

### EL BAILE DEL CASINO.

NADA más grato para nosotros que ocuparnos de una fiesta, notable en todos conceptos, y que recordará siempre la buena sociedad gaditana. Dificilmente podría hallarse, no ya en provincias, sino en cualquiera de las grandes capitales del mundo civilizado, un cuadro más completo de mujeres hermosas, de caballeros galantes, y una profusión más oportuna y delicada de obsequios espléndidos, que hacían honor á la sociedad que los ofrecía.

El *Casino Gaditano*, centro ilustradísimo de nuestras aristocracias, y rogamos á nuestros lectores admitan el plural, ya que la sociedad moderna lo admite, y con razón, tiene un sello tal de distinción, que es imposible pisar sus salones sin respirar con delicia esa atmósfera del gran mundo, que no puede ni ser imitada, ni ser confundida.

Desde el magnífico patio alfombrado, cubierto de flores, é iluminado con profusión; la escalera, igualmente adornada de plantas preciosas; las galerías, y los salones, recientemente decorados con el más esquisito gusto y el más agradable confort; el comedor del piso principal, dispuesto para servir constantemente ponches, refrescos, dulces y licores; y el del piso bajo, donde tuvo lugar una espléndida cena; las habitaciones del entresuelo, destinadas provisionalmente á tocador de señoras, cuanto encerraba, en fin, el hermoso edificio, revelaba ostensiblemente, tanto la galantería y amabilidad de los señores socios, que no habían olvidado un solo detalle, como el buen gusto y la costumbre de preparar estos delicados obsequios que tanto agradece la culta sociedad gaditana.

A las doce de la noche la circulación por los salones era difícil; tal número de bellas y elegantes damas los llenaban: la orquesta, que era muy notable, tocaba los bailes designados de antemano, y cuya lista era entregada á las señoras en una primorosa carterita azul ó rosa que, con la fecha del día y con la cifra del Casino, se les ofrecía á su entrada: los criados, de gran librea, circulaban sin cesar, ofreciendo sorbetes y refrescos: en todos los salones se bailaba á la vez, y era un cuadro de un efecto fascinador el ver á través de las arcaadas que se abren al patio, distintos grupos de lindas mujeres, envueltas en vaporosos trajes, girando con la cadencia musical, entre grupos de luces y de flores, que se reproducían en magníficos espejos, dilatándose en sus cristales como se dilataba el pensamiento en aquella explosión de belleza, de armonía y de esplendor.

Nada nuevo diremos al ocuparnos de la finura, de las atenciones delicadas, del cuidado de todos los instantes, no sólo de los señores que formaban la junta directiva comisionada para esta fiesta, sino de todos los señores socios, y lo mismo de su dignísimo Presidente Sr. Marengo, que no olvidaban nada que pudiera ser grato á sus invitados.

Aunque conservar en la memoria todos los nombres era empresa difícil, gracias á la finura de los señores Alcon y Juilliot, que tuvieron para con el CÁDIZ la amable atención de escribirlos, podemos ofrecerlos á nuestros lectores, dándoles algunos detalles de sus trajes.

Hé aquí los nombres de las señoras y señoritas que poblaban los hermosos salones del Casino en el baile del día 2 de Marzo de 1878, y el color de los preciosos trajes que vestían:

Sra. D.<sup>a</sup> Carmen Martínez de Gonzalez, negro; Doña Fanni Yvicon de Figueroa, gris; Sra. de Camargo, blanco; D.<sup>a</sup> Rosario Torres de Carranza, negro; D.<sup>a</sup> Josefa Sola de Sagrario, negro; D.<sup>a</sup> Adelina Luna de Cerero, malva; D.<sup>a</sup> Virginia Enrile de la Vega, negro; D.<sup>a</sup> Manuela Quesada de Díez, negro; Sra. de Pauli, negro; D.<sup>a</sup> Josefa Beyens de Viniegra, gris; D.<sup>a</sup> Ana Zulueta de Ruiz Tagle, rosa, con diadema de brillantes; D.<sup>a</sup> Carmen Gonzalez de Rodriguez, negro; D.<sup>a</sup> María Rodriguez de Salas, azul; Doña Manuela Odena de Rivero, tórtola; Sra. de Falla, negro; D.<sup>a</sup> Enriqueta M. de Roujon de Garcia Loygorri, rosa; Señora de Gomez, rosa; D.<sup>a</sup> María Mac-Pherzon de Retortillo, negro con encajes blancos y diadema de brillantes; Sra. de Detensse, morado; D.<sup>a</sup> Adela A. de Vidiella, negro; D.<sup>a</sup> Josefa Arroyo de Ravina, celeste; D.<sup>a</sup> Patrocinio de Biedma, viuda de Quadros, negro, corona de hojas secas y brillantes; Sra. del Castillo de San Vicente, negro; Sra. de Asencio, negro; Sra. viuda de Tomasety, negro; D.<sup>a</sup> Pilar de la Rocha y Pearnin, blanco; D.<sup>a</sup> Eugenia de la Rocha



de Mendaro, crema, y corona de flores rojas; D.<sup>a</sup> Joaquina Lasso de Viniegra, negro; D.<sup>a</sup> Susana Pikman de la Viesca, crema; Sra. de Buck, negro; Sta. D.<sup>a</sup> Carmen Boumali, rosa; Sra. viuda de Brackembury, negro; Sta. D.<sup>a</sup> Maria Brackembury, blanco; Sra. D.<sup>a</sup> Teresa de Cavieles, blanco; Sta. de Castillo, rosa; Sta. D.<sup>a</sup> Carmen Enrile, blanco; Sta. Doña Emilia de Flores, rosa; Sta. D.<sup>a</sup> Angeles García Pastor, blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Amalia Guernica, blanco; Stas. de Gonzalez, blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Victoria Yvison, celeste y crema; Sta. de Yvison, blanco; Sra. de Ychazo, negro; Sta. Doña Matilde Jauregui y Chape, blanco; Sra. D.<sup>a</sup> Gertrudis Lopez de Ruiz, negro; Sta. D.<sup>a</sup> Maria Lacave, blanco y rosa; Stas. de Lora y Rancés, negro con rosas blancas; Señorita D.<sup>a</sup> Concepcion Lizaaur, celeste; Sra. de Moraes, negro; Stas. de Moraes, blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Amalia Miñano, blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Carmen Miñano, celeste; Sta. D.<sup>a</sup> Fernanda Navarro, celeste y blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Cecilia Pardillo, blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Ana Ruiz, blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Narcisa Retortillo, blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Pilar Retortillo, blanco; Sra. Doña Maria Rodriguez de Salas, azul; Sta. de Rábago, grana; Sta. de Rábago, rosa; Sta. de Tomaseti, rosa; Stas. de Vidiella, celeste, rosa y blanco; Sra. de Zulueta, gris; Señoritas de Zulueta, maiz y blanco; Stas. de Carranza, blanco y celeste; Sta. D.<sup>a</sup> Elisa Diez y Carrera, rosa; Sta. D.<sup>a</sup> Dolores Brockman, celeste; Sta. D.<sup>a</sup> Trinidad Soroa y Somena, blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Rafaela Diez y Perez Muñoz, rosa; Sta. D.<sup>a</sup> Ursula Gordon, azul; Sta. D.<sup>a</sup> Carlota Gordon, blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Josefa Sanchez y Quesada, rosa; Sta. Doña Luisa Lacaysaigne, celeste; Sta. D.<sup>a</sup> Ramona Lacaysaigne, blanco; Sra. de Rivera, tórtola; Sra. de Lahera, mahon; Sta. Doña Ventura Rivero, blanco y ramas de frutos rojos; Sta. Doña Adelaida Ramirez y Odena, rosa; Sta. D.<sup>a</sup> Rosario Lavaggi, maiz; Sra. de Carrizosa, negro; Sra. viuda de San Juan, negro; Stas. de San Juan, blanco; Sra. D.<sup>a</sup> Luisa Benjumeda de Gomez, maiz; Sta. D.<sup>a</sup> Concepcion Gonzalez, blanco; Sra. de Davies, negro; Stas. de Cerero, crema; Sta. D.<sup>a</sup> Mariana Morquecho, rosa; Sta. D.<sup>a</sup> Manuela Rodriguez Alonso, blanco; Sta. de Cameron, blanco y rosa; Señorita D.<sup>a</sup> Maria Luisa de la Vega, blanco y negro; Sra. de Abarzuza, blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Carmen de la Rocha, rosa; Señorita D.<sup>a</sup> Emilia Matheu, blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Dolores Margati, gris; Sra. D.<sup>a</sup> Berta Lovental, negro; Sta. D.<sup>a</sup> Maria Teresa Sagrario, celeste y blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Belen Arroyo, blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Enriqueta Pau, blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Julia Palacio, celeste; Sta. D.<sup>a</sup> Emilia Palacio, blanco; Sta. Doña Maria Viniegra, negro; Sta. D.<sup>a</sup> Maria Pró, blanco; Señorita D.<sup>a</sup> Maria del Carmen Gonzalez, blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Maria del Rosario Gonzalez, blanco; Sta. D.<sup>a</sup> Luisa Regueira, negro y grana; Sra. de Flores, rosa y negro; Sta. D.<sup>a</sup> Elisa Viniegra, negro; Sra. de Pauli, negro.

Sentiremos haber olvidado algun nombre, y nuestros lectores comprenderán que es muy fácil; lo que no olvidaremos seguramente será la gracia, enteramente gaditana, la belleza genuinamente española, y la distincion incomparable de las hermosas hijas de Cádiz, que vagando sobre las suaves alfombras, por entre tìbores y jardineras recargados de flores, y ante los espejos suntuosos, envueltas en sedas, tules, encajes, flores y brillantes, parecian grupos de ondinas que hubiesen abandonado el Océano para venir á encantar á los moradores de Gades con la frescura de su belleza, ó bien perlas convertidas en mujeres, brotando del seno de esta concha encantadora, si no encantada. De los caballeros nada diremos, pues hay poco que decir de un frac y una corbata blanca; sólo afirmaremos que en los salones del Casino se encontraban cuantos hombres notables hay en Cádiz, y que todos rivalizaban en galanteria y amabilidad.

La cena fué espléndidamente servida, renovándose varias veces, pues era imposible contuviese el comedor, á pesar de ser muy espacioso, á todos los convidados. Se empezó por las señoras, siguieron las señoritas, y finalizaron los caballeros, quedando todos complacidos del esmerado servicio, de la variedad de platos, y de lo exquisito de su condicion.

El cotillon final se bailó en el patio, que estaba brillantemente iluminado, ondulando bajo su cubierta de cristales guirnalda de flores. Se repartieron lindos juguetes, y fué hábilmente dirigido por los señores Alcon, Abarzuza y Vilches, si mal no recordamos.

A las cinco y media de la mañana comenzaron á retirarse las señoras, terminando una fiesta, de la cual sentimos no poder dar el grabado, por no haber en Cádiz quien pueda encargarse de ello.

No terminaremos sin consignar, en nombre de nuestra Directora su gratitud, por las deferencias de que ha sido objeto, de parte del distinguido *Casino Gaditano*.

BRUNETTO.

Cádiz: 1878.

## Correspondencia del CÁDIZ.

D. F. Gonzalez del Hoyo.—Almería.

Agradezco infinito su carta que siento no esté destinada á la publicidad: ¿Por qué no me escribe algo en el mismo sentido para que aparezca en el CÁDIZ? Yo amo la luz en todo lo que pueda hacer historia, y en esa cuestion con más motivo. Le repito que lo estimaré mucho.

D. J. Sedano de Chao.—Barcelona.

Queda renovada la suscripcion de Vd. por 6 meses, agradeciéndole infinito sus atentas frases. Recibí el valor del primer trimestre en sellos, y creo que así se lo participé en carta particular.

D. M. Batanero.—Motril.

Agradezco mucho el cuadernito que me envia, así como el programa. Crea Vd. que tendria un verdadero placer en seguir sus indicaciones.

D. P. Sañudo Autran.—Madrid.

Agradezco mucho el soneto y su amable carta. Se le enviará el CÁDIZ.

Mr. J. Ferrer.—París.

—Le escribo particularmente fijándole condiciones de los anuncios.

D. P. Novo y Colson.—Ferrol.

Agradezco á Vd. infinito su amable carta y el galante juicio que de mí tiene. Queda suscrito al CÁDIZ por todo el corriente año: espero tener el gusto de publicar en él algun escrito suyo.

D. M. Carbonero y Sol.—Madrid.

—Con mucho gusto he dispuesto el cambio que me pide para la *Gacitilla*.

Mr. F. Steenackers.—Lisboa.

—Espero con verdadera impaciencia el artículo que para el CÁDIZ me ofrece, y contestaré á su carta particularmente apenas tenga los datos que desea.

D. V. C.—Santiago de Cuba.

—Queda suscrito por dos ejemplares el distinguido abogado Sr. Salcedo, cuya primera carta dirigida á mi ha debido sufrir extravío: igualmente era suscritora la Sta. Valbuena, y á Vd. se le ha girado como pide por un semestre. Mil gracias á estos señores por la amabilidad con que de mí se ocupan, y á Vd. igualmente por el entusiasmo que mi revista le inspira.

Dr. Lopez de la Vega.—Madrid.

—He dado orden de que le sean remitidos los dos números que le faltan: en uno de ellos verá publicada su composicion. Le ruego no sospeche el menor motivo de queja en mí si tardo en contestar; me es imposible escribir cuanto yo quisiera á los amigos que me favorecen, pues me falta tiempo.

D. B. de L. Corradi.—Alicante.

—Siento el motivo de su silencio y agradezco infinito su carta.

Le escribiré.

D. J. Roselló Hernandez.—Almería.

—Recibida la libranza de 7 pesetas importe de un semestre de suscripcion. Si hubiese sido incluido en el giro de esta administracion, puede Vd. devolver sin inconveniente el recibo.

D. V. de la C.—Zurana.—Granada.

Agradezco á Vd. mucho su deseo de ver mi nombre en la revista *Granada*, y procuraré complacerle. Acepto por mi parte con placer su colaboracion para la mia.

D. J. J. Janmeandreu.—Lérida.

—He recibido la letra de 25 pesetas importe de la suscripcion de Vd. por un año al CÁDIZ. Será puntualmente servida, y le agradeceré le consagre sus escritos.

D. N. Diaz Benjumea.—Sevilla.

—Remitida á su destino la carta que me envia.

D. M. Fernandez y Gonzalez.—Madrid.

—Siento mucho que haya estado enfermo, y le agradezco acepte el dar contestacion á mi soneto-consulta acerca del Pleito del matrimonio, que he de remitir á mi amigo Guerrero.

D. F. Bengarolas.—Barcelona.

—Recomendaré con el mayor gusto su apreciable revista á mis amigas, ya que cree Vd. que mi *proteccion* puede serle útil.

D. S. Arambilet.—Madrid.

Agradezco sus amistosas ofertas, que sabe tanto aprecio.

Director de los «Ecos del Nalon.»

—Haré se le remitan los números que le faltan: no he visto el número 7 de su periódico.

P. DE B.

## NOTICIAS.

La Academia de Ciencias, Letras y Bellas Artes, de Sevilla, ha nombrado Académico honorario preeminente, á la Sra. Doña Patrocinio de Biedma. También la Academia de Ciencias y Artes de Cádiz, la ha nombrado Académico honorario.

Damos en nombre de nuestra Directora las más expresivas gracias á estas distinguidas corporaciones, por el honor que la dispensan.

Damos el más sentido pésame al Sr. D. Bernardino de Sobrino, por la pérdida de su respetable y anciana madre, deseando á nuestro muy estimado amigo la resignacion cristiana que en trances tan tristes es indispensable para sobrellevar esa honda pena.

La Sociedad de cuartetos ha celebrado su tercera sesion en la noche del Jueves, ante un auditorio numeroso y escogido, en los salones de la Real Academia de Santa Cecilia. Haydn, Beethoven y Mendelssohn dieron ocasion á los célebres concertistas para lucir sus talentos, y confirmar la buena fama que, cimentada en el trabajo y la habilidad, tienen ya adquirida para provecho propio y honra de esta ciudad, que cuenta á estos artistas entre sus hijos más distinguidos.

A pesar de no ser el Carnaval de 1878 de los más animados, segun los gaditanos, no han faltado diversiones, habiéndose visto bonitos grupos de máscaras por las calles, y muy concurridos los bailes. Algunas de las comparsas y estudiantinas han visitado nuestra redaccion.

Hé aquí uno de los cantares que al compas de las bandurrias y guitarras, y con los aires del país, les oimos entonar, que es el sólo que recordamos, aunque no el único que á nuestra Directora aludia:

«Lo mejor del mundo es Cádiz,  
que tiene el mar por anillo;  
y de Cádiz y del mundo  
lo mejor es, *Patrocinio*.»

La Real Academia de Ciencias y Letras nos ha hecho el honor de dirigirnos la siguiente carta, que con el mayor gusto insertamos:

«Sra. Directora del CÁDIZ.

Muy Sra. mia y de todo mi respeto: Ruego á Vd. que se sirva insertar en su apreciable periódico las presentes líneas, que importa á esta Real Academia de Ciencias y Letras hacer llegar á noticia de cuantos aman la literatura y se interesan por las glorias patrias.

La Comision nombrada en el seno de aquella Sociedad para llevar á efecto la publicacion de las *Obras escogidas* del Excmo. Sr. D. Francisco Flores Arenas (Q. E. P. D.), ha recibido de la familia y de varios distinguidos literatos y amigos del finado, materiales preciosos y abundantísimos para ordenar una coleccion rica é importante; pero ceñida á muy débiles medios de ejecucion se ve en la necesidad de reducir su empresa á términos estrechos y que por lo mismo parecen exigir mayor cuidado en la eleccion y más solícito empeño en la investigacion y hallazgo de los escritos.

Con este propósito, y en vista de que las colecciones periodísticas y los manuscritos de que dispone la Academia no están completas, excita á cuantos posean alguna obra del ilustrado maestro gaditano, á que cedan al natural afecto que á éste pudieran profesar y en su defecto á la aficion que tengan por las bellas letras y á su amor por las glorias literarias de esta noble ciudad, para que las presenten en esta Secretaria en el plazo más breve posible, puesto que la edicion está empezada y cada composicion ha de tener su puesto en ella segun su género y fecha.

Doy á Vd. las gracias por haber complacido á esta Academia, dando publicidad á mi carta-súplica, y me ofrezco á Vd. con toda consideracion y afecto como su s. s. q. b. s. p., *Romualdo A. Espino*, Secretario general.»  
Cádiz Marzo 9 de 1878.

Hemos tenido el gusto de recibir dos ejemplares de la magnífica *Carta-pastoral* que el Excmo. é Ilmo. Sr. Don Antolin Monescillo y Viso, Arzobispo de Valencia, dirige á sus diócesanos con motivo de la cuaresma. Es un trabajo digno de la pluma del sabio prelado, honra del clero español. Lo agradecemos infinito.

Los bailes del Gran Teatro han sido brillantes y distinguidos, si bien no todos han atraído la concurrencia que era de esperar por haber otros muchos; pero puede asegurarse que allí se encontraban lo más selecto de nuestra sociedad. El hermoso salon, brillantemente iluminado, y alfombrado convenientemente, presentaba, visto desde los palcos, un soberbio aspecto: la orquesta que ocupaba el escenario, era numerosa y notable; una bella estatua tenia en su mano, formado por letras de gas, el nombre del baile que se tocaba. El vestíbulo, la escalera y galerías estaban adornados de preciosas plantas y flores, y las mesas del *restaurant* elegantísimas, siendo la lista de los manjares tan delicadas como profusa. El tocador bien servido, y los guarda-ropas igualmente.

Los bailes del *Gran Teatro* hacen honor á esta culta poblacion, y creemos que la empresa, fijándose en que á las cuatro apenas quedaban en el teatro algunas familias, fijará en otra ocasion la hora de diez á cuatro, en vez de la de doce á seis de la mañana, para conciliar todos los gustos. Agradecemos infinito á la empresa los billetes con que nos han favorecido.

También han estado brillantes y concurridísimos los bailes del *Principal*, y también este teatro presentaba un elegante aspecto, adornado con preciosas macetas, y convenientemente iluminado. Momentos habia en que la circulacion por el bonito salon era imposible, y en que se encontraban llenos todos los palcos y plateas, de máscaras, caprichosamente vestidas. Felicitamos á la empresa por el éxito obtenido, y le agradecemos su invitacion y galanteria que ya sabe cuanto estimamos.

Hemos recibido *La Ilustracion del Oriente*, preciosa publicacion que ha comenzado á ver la luz en Manila; *La Gacitilla*, de Madrid; *La Victoria*, de Berlin, elegante semanario de modas; la *Correspondencia de Portugal*; *La Linterna*, de Madrid, y algunos otros periódicos.

A todos ellos damos las gracias y aceptamos con gusto el cambio.

También hemos recibido *La Bordadora*, elegante revista quincenal, que ha empezado á publicarse en Barcelona, y que ha de ser muy útil á los colegios y casas particulares, por los bonitos dibujos que contiene.

Hemos recibido *El judaismo actual*, de D. Santiago Arambilet, y *Un país fabuloso*, de D. M. Ossorio y Bernard. Agradecemos á sus autores, nuestros apreciables amigos, el recuerdo, y recomendamos estas obras á nuestros lectores. Se venden en Madrid, en las principales librerías, al precio de 4 rs.

Aceptamos con gusto el cambio que nos ruega la notable *Revista de los tribunales*, que se publica en Madrid.

DONATIVOS para las limosnas que dará el CÁDIZ con motivo de las bodas regias.

REALES.

Suma anterior. . . 860

Sra. D.<sup>a</sup> Teodora M. de Frowein, (Cádiz) . . 40

CÁDIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL.

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor,  
Sacramento 39 y Balas 8.